
LA EPIFANÍA AMERICANA EN LA HISTORIOGRAFÍA RENACENTISTA

JOSÉ MANUEL PÉREZ-PRENDES MUÑOZ-ARRACO
(Universidad Complutense de Madrid)

HISTORIOGRAFÍA Y CRÓNICAS

LA PRIMERA OBSERVACIÓN de este escrito consiste en señalar la necesidad de distinguir entre una y otra cosa. Es preciso hacerlo así porque se suele hablar de Historiografía en términos algo imprecisos. A veces solo se quiere señalar, coloquialmente, un conjunto de fuentes históricas narrativas. En otras ocasiones se agudiza el discurso y se le reconoce al término su sentido más técnico, el que le define como «Historia de las Historias» y por tanto de los historiadores en cuanto tales. En este segundo caso «Historiografía» es algo que queda situado fuera de los materiales mismos que juzga y valora. En el primero, simplemente se identifica con ellos. Como he hecho en otras ocasiones¹, trataré de mantenerme aquí en la significación que acabo de calificar como más técnica.

1. Cf. mi *Historia del Derecho español*, Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, 2004, I, págs. 219-220, y mi trabajo sobre «Criterios historiográficos de Danvila (Respuesta al Prof., Dr., Alejandro Nieto)», en *Posibilidades y límites de una Historiografía nacional*, Madrid: ICYT, 1984, págs. 401 y sigs.

LA EPIFANÍA AMERICANA

En los tiempos de la aurora renacentista, la cronística imitadora de los modelos narrativos griegos y latinos vio alzarse, como inminente tema de su atención, unas imágenes imprevistas. Eran las primeras noticias de un mundo nuevo. Entiendo que, en lo que a la cultura del Renacimiento se refiere, el hecho americano fue ante todo una «epifanía». Por mucho que esmerados lingüistas desdeñen o restrinjan el uso de esa la palabra², su sentido etimológico de manifestación o aparición de algo extraordinario, es el único capaz de nombrar con hondura un hecho de tal calado. Que la actitud de los europeos (especialmente los españoles, aunque no los únicos) ante lo que se les manifestaba quisiera luego definirse como «descubrimiento» y aún más tarde se la llame «encuentro» o «invasión», es algo posterior a la «epifanía» misma y por tanto esas otras palabras no resultan adecuadas al matiz que se pretende establecer aquí.

Epifanía pues, y deslumbrante de modo tal, que corre desde los mitos hasta los hechos. Si de los mitos hablásemos aquí, no hay duda que habríamos de extender una larga atención ante pruebas como las *Comedias americanas* de Lope de Vega, que no son sino un compendio de mitos americanos, cuya riqueza de contenido ha sido objeto de explotación hasta el siglo xx, con Alejo Carpentier, por ejemplo, pero solo debemos circunscribirnos a los hechos.

Las Crónicas se ocupan de los hechos. Pues bien, lo que con justicia se llamaría más tarde América, apareció cuando iban llegando a su pleno desarrollo las formulas cronísticas que en su día fueron frutos de la renovación traída por la labor de Pedro López de Ayala. Dicho de otro modo, sucedió eso cuando las piezas que estudia la Historiografía empezaban a cobrar sus más eficaces perfiles como fuentes de la Historia. Pero, ¿cómo tratar las Crónicas para saber algo acerca de cuáles y cómo son para el investigador esos «eficaces perfiles» que acaban de ser aludidos?

2. El *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española), 2001, sí recoge esa acepción, pero Joan Corominas & José A. Pascual omiten por completo la palabra en su *Diccionario crítico, etimológico castellano e hispánico*, Madrid: Gredos, 1989, mientras que María Moliner la reduce a la festividad religiosa, en su *Diccionario de uso del español*, Madrid: Gredos, 1990.

EL ATRAYENTE RIESGO DE LA CRONÍSTICA

Facilita la contestación hacer una cita, que es casi una referencia clásica. Me refiero a las palabras con las que Luis García de Valdeavellano replicaba en realidad a tal pregunta, pero sin proponérselo realmente, pues solo intentaba algo mucho más concreto, retratar la imagen general de la obra cronística del Canciller Pedro López de Ayala. Esta, según el historiador citado:

Procura ser imparcial cuando narra las violencias del Rey, y esta imparcialidad de Ayala es hoy generalmente reconocida. Por su dramatismo la *Crónica de Pedro I* es muy superior a las otras que el Canciller escribió. Gran conocedor de los sucesos y de la política de su época, excelente psicólogo y brillante escritor, Ayala inicia una etapa en la historiografía, el paso de la crónica medieval a la historia renacentista y moderna³.

Quien considere con cuidado ese juicio descubrirá, alojados implícitamente en él, cuatro rasgos generales, que no se limitan a la sola labor de Ayala, sino que informan de la calidad exigible a todo trabajo cronístico desarrollado. *Información, crítica, participación y estilo*. Aunque Valdeavellano no utilice tales palabras, ni jerarquice tampoco los términos atendiendo a sus contenidos, no creo que pueda discutirse que la apreciación de esos factores vertebrata tácitamente el juicio que ofrece. Ese conjunto de rasgos es el cimiento sobre el cual se perfila una valoración historiográfica de la obra tejida por cada autor, de modo que, sin olvidar la belleza expresiva («estilo»), se da lugar preeminente a la mixtura entre los conocimientos sólidamente cimentados («información» y «crítica») y al discurso de compromiso personal del autor con los temas desarrollados («participación»).

Por hallar esos rasgos, Valdeavellano sostiene la buena y novedosa calidad del modelo estrenado por el Canciller. Incluso añade que precisamente aparece su mejor crónica cuando, ante el hirviente tema de Pedro I, la «participación» apasionada del escritor en la narración que ofrece, hace surgir el elemento dramático. Ni más ni menos, eso es decir que el historiógrafo debe dar por alcanzada la mejor creación cronística, justo cuando ve sobrepasado el imprescindible y sereno equilibrio entre la «información» y de la «crítica» y la «participación» adquiere matices insospechados. Esa

3. Luis García de Valdeavellano, *Historia de España. I, De los orígenes a la Baja Edad Media*, primera parte, Madrid: Revista de Occidente, 5ª ed., 1967, pág. 58.

calidad, lograda ya así desde el punto de vista historiográfico, puede ser luego enriquecida por un excelente estilo literario, pero queda no menos claro, que la forma no va más allá de atribuir o amenguar belleza.

Si prescindimos de los casos contrapuestos de Diego Enríquez del Castillo⁴ y Alfonso de Palencia⁵ enzarzados más que nada, y demasiado toscamente ambos, en su respectiva intención de vindicar o condenar a Enrique IV, la impresión general que ofrece el río de la historiografía española de los diferentes reinos hasta los Reyes Católicos es la sucesión de obras informadas y serenas, pero ajenas al «pathos» elegante e intensamente participativo que, por una vez había adoptado el Canciller y que siglos más tarde volvió a tentar a un escritor bien distinto, no solo en siglos, sino en perspectivas e intenciones, como Dionisio Ridruejo, transformado en su selector y prologuista⁶. Pero el trabajo de este ya no es otra cosa que estilo, la falta de los otros requisitos le separa de que tenga sentido someterle a ningún juicio historiográfico.

SOBRE EL VALOR HISTORIOGRÁFICO DE LAS CRÓNICAS

A la luz de lo dicho creo ya posible establecer la que me parece ser regla esencial para el uso de este tipo de materiales. Es esta: aseguradas la «información» y la «crítica» como exigencias mínimas, cuanto mayor sea la dosis de «participación» que exista en una crónica, mayor será su valor historiográfico. Sigo usando «información», «crítica» y «participación», claro está, en el sentido específico que atribuí arriba a tales palabras para el contexto que nos ocupa. Sé que no faltará el probo y ceñudo historiador de gran oficio que se escandalice o se burle ante el criterio que acabo de sugerir. Pero por mi parte me resultan indiferentes su censura o su ironía, juntas o separadas. Solo me detengo en saludarle y sigo adelante.

Para entender bien el motivo que me lleva a colocar el centro de gravedad estimativo de este tipo de textos en la «participación», he de recordar que he

4. «Crónica de Enrique IV de Castilla», editada por Cayetano Rosell dentro de las *Crónicas de los reyes de Castilla*, Madrid: Ribadeneira (Biblioteca de Autores Españoles, núm. LXX), 1878, págs. 99 y sigs.

5. Texto original latino con el título *Alphonsi Palentini Gesta hispaniensia*, versión española de Antonio Paz y Méliá, Madrid, 4 vols., 1904-1908.

6. Pedro López de Ayala, *Las muertes del rey Don Pedro*, prólogo de Dionisio Ridruejo, Madrid: Alianza, 1971.

dicho también, ya antes de ahora, que toda Historia no es más que Historiografía. Me atreví a formular esa opinión después de una lectura a Reinhart Koselleck, en 1980. El año anterior había señalado ese autor que la Historia no puede prescindir de una delimitación conceptual del tiempo en el que es estudiada. De ahí me llegó el estímulo final que me impulsó a establecer esa, digamos, «regla». Sus observaciones sobre historiografía figurativa⁷, me parecieron en buena medida el agente corporeizante de las continuadas percepciones que yo había tenido, tanto de la lectura de fuentes cronísticas, como en la de exposiciones «críticas» redactadas por historiadores de largo oficio.

Pero la verdad es que, aquí y ahora, tampoco creo que ni en la postura de Koselleck ni en la mía resida demasiada novedad. Poco hay de novedoso en afirmar tales cosas, si se recuerda lo viejo e intrincado de los debates sobre los alcances del conocimiento científico posible en las ciencias del espíritu frente a las de la naturaleza⁸. A la luz de lo aportado por quienes desde hace tanto tiempo y con tanta lucidez y con tan diferentes perspectivas, se ocuparon en esas discusiones, desde Rickert hasta Althusser, es difícil escapar a la convicción de que los historiadores no hacen otra cosa que interpretaciones y toda interpretación es de suyo subjetiva y no objetiva.

Gracioso resulta por demás que haya quien se empeñe en decir que sus investigaciones «reconstruyen» los acontecimientos históricos. Quizá eso pueda decirse de los arqueólogos y con todo, aún ahí podrían suscitarse algunas dudas menores. Pero ¿dónde está la maqueta genuina del modelo perdido que nos asegure el acierto cuando se dice estar reconstruyendo? Su posesión sí que certificaría el acierto de lo reconstruido, mas es el caso que nadie sabe por donde puede encontrarse tal cosa. En todo caso, cada fuente, uno de tantos reflejos del hecho pasado, es siempre una mediación sustitutoria del acontecimiento esfumado y cuando el historiador la interpela, interroga a otro humano como él, es decir a quien creó tal fuente, ya sea con certeza de notario o con tensión de cómplice o con galanura de escritor.

Debo sin embargo plantear un pequeño *excursus* para advertir que cuanto digo se entiende, claro está, dentro del terreno de la «interpretación», no del de la «falsificación». Para nadie es un secreto que algunos sujetos han creído poder aprovecharse de la naturaleza interpretativa de la investigación histórica para realizar simples falsificaciones, como la que niega

7. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Paidós, 1993. La obra original se publicó en 1979. *Cf.*, las págs. 24, 45, 47-48, 297-298 y 307.

8. *Cf.*, sobre las posturas intelectuales dispuestas en torno al tema, mi *Historia del Derecho español*, págs. 113 y sigs.

la evidencia de la Soah. Pero eso cae dentro de los límites que ya señaló en su día Anna Freud, cuando escribió que «no hay ninguna regla analítica que la neurosis del paciente no pueda pervertir y utilizar para sus propios propósitos»⁹. Solo podría yo añadir que dejar en el diagnóstico de neuróticos a los autores de semejantes farsas, es quizá demasiado benevolente.

Incluso fuera ya de los términos obscenos de semejantes perturbados morales, tampoco cabe escandalizarse por la constante revisión de investigaciones a que obliga la conciencia de que lo interpretativo es algo inevitablemente inherente a toda investigación histórica. Una vez establecidas las realidades que las fuentes muestren a todos ser indiscutibles (nadie aprovecharía la imposibilidad de acercarse a Felipe II por otra vía que la interpretativa, para poner en discusión su bien documentado lugar de nacimiento) no cabe otra vía de acción que interpretar el significado que pudieran haber tenido esos datos. De ahí deriva algo que asusta, ciertamente, y es la posibilidad de reinterpretaciones continuas. Pero eso no debe impresionar a nadie por dos razones. Una, porque siempre ha sido así. Otra porque no se trata de eliminar las opiniones de nadie en la medida de que conserven valor de convicción, sino solo de añadir nuevas perspectivas.

No creo estar haciendo ningún planteamiento extremado, sino simplemente realista. Las fuentes históricas sólo son eso, el fruto del esfuerzo o de la casualidad del trabajo de alguien que no hizo sino proyectar su mentalidad sobre acontecimientos irre recuperables. En el siglo xvii y con un enérgico y atrayente estilo, Fray Jerónimo de San José¹⁰ se arriesgó retóricamente en comparar la labor del historiador sobre las fuentes con las profecías del tremebundo Ezequiel ante montones de huesos secos, consiguiendo resucitarles a la plenitud de la vida¹¹, pero difícilmente hoy nadie aceptaría otra cosa que sonreír ante semejante exorbitancia.

9. Anna Freud, *Estudios psicoanalíticos*, en *Obras escogidas*, Madrid: RBA, 2006, pág. 441. El texto es de 1954.

10. Santiago Montero Díaz, «Estudio preliminar» a Luis Cabrera de Córdoba, *De Historia, para entenderla y escribirla* (1611), Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948, pág. XLVIII.

11. El pasaje inspirador se encuentra en los versículos 1-27 del capítulo 37 de libro de Ezequiel, que puede consultarse en la excelente versión de la *Sagrada Biblia*, Madrid: Salvat, 1985, págs. 527-528, preparada por Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González, junto con un importante grupo de colaboradores. La utilización historiográfica del pasaje por parte de Fray Jerónimo es tan forzada, que ni siquiera alude a ella Maximiliano García Cordero, en sus comentarios a los libros proféticos incluidos en el vol. III de la *Biblia comentada*, Madrid: Editorial Católica, 1967, págs. 830 y sigs., limitándose a considerar los truculentos textos del profeta como lo que son en realidad, elementos de una apología acerca de la restauración de unidad política israelita.

El valor heurístico de las crónicas solo reside en su capacidad para testimoniar acerca de la humanidad vital de su autor ante los acontecimientos que vulneraron su sensibilidad. Añádase, si acaso y en plano mucho más desvaído, la ayuda hermenéutica de aportar algún dato secundario, extrañado en otras fuentes. Incluso esto último suele ser al revés. Quisieron callar las crónicas del tiempo el nombre del muchacho que, de mano involuntaria, dio muerte a Enrique I de León y Castilla y solo pudo restituirse ese dato por ayuda de fuentes no cronísticas, ante el compromiso de éstas en tomar parte en la circulación de los informes¹². Desvarió la *Crónica de Alfonso X* acerca de los movimientos reales del rey en su viajar institucional por sus reinos y solo un gran documentalista muy posterior fue capaz de enderezar una información tan equivocada como insistente¹³. Usó Bernal Díaz del Castillo de su memoria histórica para enumerar los agravios e injusticias inflingidos, según él, a los conquistadores de América¹⁴. Y la lista podría alargarse sin que aparezca el riesgo de confundir al lector, aunque sí el de aburrirle.

Instalados pues en la realidad de lo principalmente útil de las crónicas, resulta inevitable aceptar la norma enunciada arriba al señalar que sus aportaciones serán más valiosas cuanto más vitalmente se exprese su autor en sus comprometidos y unilaterales juicios acerca de los hechos que narre. Cuanto más se involucre en lo que cuenta, más sincero resultará el cronista y con ello nos pondrá mejor en las pistas adecuadas para una mejor percepción de la mentalidad vigente en el segmento social que le fue personalmente propio. Creo pues que los momentos cronísticos más dotados de ese valor serán aquellos en los que los narradores expresen con más fuerza sus actitudes vitales, rompiendo el aburrido y escaso testimonio de los que fueron mejores celadores de su propia posición. Eso y no otra cosa es lo que hizo Ayala con Pedro I y por eso tal pieza es su mejor escrito, como ya advirtió Valdeavellano.

Existe además un particular punto de énfasis en la «participación» del cronista, punto especial, ajeno a la voluntad del escritor y nacido de las circunstancias históricas en la que le toco vivir. En realidad se trata de algo

12. Manuel Torres López, «Sobre la muerte de Enrique I de Castilla», en *Estudios en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años*, Buenos Aires: Instituto de Historia de España, 1983, II, págs. 469-487.

13. Antonio Ballesteros Beretta, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona: Salvat, 1963.

14. Todo el eje narrativo de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, no es otra cosa que una apasionada lamentación acerca del fallo de sus esperanzas medievales de prosperidad, ante la realidad de las formas gobernar propias de mundo moderno.

derivado de una certeza, aunque esta sea casi pueril. Se sabe bien que en la Historia humana no todos los momentos han sido iguales. Los hay dotados de aquello que se llamó por Hans Thieme la gracia de «un punto cero» y ya López de Gómara señalaba, en un párrafo justamente famoso colocado en la dedicatoria al Emperador de su *Hispania Victrix*, la entronización de América en la mente de las gentes europeas como el segundo gran momento significativo de vida de la Humanidad, después del nacimiento y muerte de Cristo.

ALGUNA NOTA PARA UNA HISTORIOGRAFÍA AMERICANISTA CONSTRUCTIVA

Escribo, buscando la elementalidad más austera, la palabra «constructiva», queriendo con eso dar a entender que la sitúo enfrente de otra, «descriptiva». No hay aquí intención alguna de invocar un apoyo en el constructivismo matemático-filosófico. Se trata solo de recordar que la Historiografía ha sido edificada muy preferentemente como «descripción» de materiales más o menos aptos para la investigación histórica. Es pues un saber descriptivo. Sin negar la utilidad de esa dimensión, quisiera aquí situar al lector en una postura más orientada a la búsqueda de criterios de fondo que puedan servir de reglas para el manejo de las fuentes una vez descritas. A esa postura es a la que deseo aludir cuando aplico la voz «constructiva» a la Historiografía.

En ese sentido, sostengo que la referida «epifanía americana», iniciada en 1492, tuvo el lógico efecto de una radicalización en alguno de los rasgos cronísticos de mayor importancia historiográfica que hemos tenido ocasión de contemplar líneas arriba. Se trata de algo patente en el elemento que se ha llamado aquí de «participación». Fue la inevitable consecuencia de la enormidad del impacto. Esa radicalización participativa provocó la aparición de matices nuevos en la configuración narrativa. La necesidad de los autores de resolver unas circunstancias que desbordaban sus recursos intelectuales, había provocado la búsqueda de nuevas posibilidades de conocimiento y posicionamiento si querían ser capaces de expresar la actitud del hombre europeo, ante la volcánica noticia de lo americano.

LOS MODELOS HISTORIOGRÁFICOS DE LA CRONÍSTICA AMERICANA

Lo cierto es que la cultura del Viejo Mundo europeo se vio colocada frente a unos hechos y situaciones no concebibles para ella. Venían realizados fuera de lo que era secularmente su conciencia del existir y del narrar lo existente. Explicable es por tanto que se generase en su seno, casi inconscientemente, la espontánea necesidad de contar con modelos de expresión suficiente para hacer asumible la realidad de una presencia desmesurada, novedosa e inquietante. En mi opinión esos modelos fueron, al menos tres, si atendemos a lo esencial, que, dicho queda, no era otra cosa sino la necesidad de colmar la laguna de insuficiencias intelectuales que la primera América conocida engendró en el hombre europeo.

Uno de ellos, el primero, al que propongo llamar «rapsódico», sería el personificado por Pedro Mártir de Anglería, en sus *De Orbe Novo Decades octo*, proclamando los acontecimientos americanos desde 1492 hasta 1525. No solo sus ritmos recuerdan al recitador de pasajes homéricos, también están teñidas de ese estilo sus técnicas informativas, escuchando aquí y allá las más novedosas referencias para enhebrarlas en unos textos de reciedumbre optimista que parecen pensados más para la apasionada transmisión oral que para la reposada lectura.

El segundo, a mi entender calificable, mas que como «clasicista», como «totalizante» vendría representado por la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, confesadamente deseosa de acumular en sus páginas cuantos datos puedan componer una enciclopedia concebida al modo de la *Naturalis Historia* de Plinio. Sabido es que él mismo señaló su voluntad expresa de seguir ese modelo, no solo con sus numerosas citas y cotejos entre su información y la del latino, no solo con la técnica de tratamiento de los datos reunidos, sino incluso más explícitamente, escribiendo, y no solo en una ocasión: «en alguna manera yo entiendo seguir o imitar a Plinio». Sería este modelo el que mayor número de epígonos engendraría¹⁵.

El tercero, al que sugiero designar como «político», corresponde a la obra de Juan Gines de Sepúlveda en su *De rebus hispanorum ad Novum terrarum Orbem, Mexicumque gestis*, que sería conocida simplemente como

15. La frase citada, una de las muchas referencias existentes en la obra, se encuentra en su *Historia General y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid: Atlas, Biblioteca de Autores Españoles (núm. CXVII), 1959, I, pág. 11. Cf., sobre ella, las indicaciones de Manuel Esteve Barba en la obra citada más adelante, págs. 59 y sigs. Añádase el estudio y edición de su *Sumario de la Natural historia de las Indias*, editado por Manuel Ballesteros, Madrid: Historia 16, 1986.

De Orbe Novo, obra largamente redactada en alrededor de cinco años, desde 1557. Es una obra que se mueve en las mismas líneas conceptuales por las que caminaría Lopez de Gómara. Bien conocida, comentada y editada, es sin embargo en su edición de Pozoblanco¹⁶, donde mejor se percibe, no solo su fondo ciceroniano, cosa ya dicha desde hace mucho, sino especialmente a mi entender, algo mucho menos alegado, el modelo de Julio César, solo que aquí el lealísimo Sepúlveda deja que los intereses regios fluyan por su boca como propios, discurso autojustificativo que el romano no tuvo ocasión de poder transferir a nadie.

El resto de la muy abundante historiografía americana del periodo colonial¹⁷, o bien se vincula plenamente a alguno de ellos o toma elementos de uno u otro, pero no supone la creación de ningún otro diseño, historiográficamente específico, que pueda añadirse a los tres anteriores.

LAS RAPSODIAS DE PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA

No de otro modo que como recitador, no propiamente poeta, puede estimársele al italiano cuando nos situamos ante ciertos textos suyos. Concretamente me refiero ahora a su visión acerca de la preparación del segundo viaje colombino. Canta en realidad, más que narra, y con un modelo homérico bien patente, cuando escribe en sus *Décadas*¹⁸ que los Reyes Católicos, es decir los:

Santísimos consortes mandan que se dispongan diecisiete naves para la segunda expedición. Tres grandes de transporte con sus compartimientos; doce de aquella clase de naves sin bodegas que, según escribí, los españoles llaman carabelas; otras dos del mismo género, algo más grandes y capaces de compartimientos por la magnitud de los palos. El cuidado de preparar esa flota se lo encomendaron a Juan Fonseca, varón de noble alcurnia, Deán de Sevilla, de gran ingenio y corazón. Mandan los mismos reyes que sean conducidos más de mil doscientos infantes armados, entre

16. Juan Ginés de Sepúlveda, «Del Nuevo Mundo», en *Obras completas*, edición de Luis Rivero García *et alii*, Pozoblanco: Ayto. de Pozoblanco, 2005, XI.

17. Manuel Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid: Gredos, 1964. *Cf.*, además lo que señalé en mi trabajo «Ecos de Crónicas», en *Historia de la Mancha: Derecho e Instituciones. Actas del II Simposium*, Ciudad Real, s. a., págs. 30-49.

18. Me complace seguir, como justo homenaje a su labor de pionero, la traducción, casi olvidada hoy, de Joaquín Torres Asensio, *Fuentes históricas sobre Colón y América*. Madrid: Imp. de la S. E. de San Francisco de Sales, 1892, I, págs. 120-121.

los cuales disponen que se estimule con estipendio gran número de artífices y operarios de todas las artes mecánicas y agregan algunos jinetes con la demás gente de armas. El Prefecto prepara, para sacar crías, yeguas, ovejas, terneras y otras muchas con los machos de su especie; legumbres, trigo, cebada y demás semillas como estas, no solo para comer, sino también para sembrar. Llevan a aquella tierra vides y plantas de otros árboles nuestros que no hay allá; pues en aquellas islas no encontraron ningún árbol conocido, fuera de pinos y palmas, y estas altísimas y admirablemente duras, grandes y rectas por la riqueza del suelo y también otros muchos árboles que crían frutos desconocidos. Refieren que aquella tierra es la más fértil de cuantas la estrellas rodean. Finalmente, manda a cada uno de los artífices llevar todos los instrumentos fabriles y cuanto es conducente a edificar una ciudad en extrañas regiones. Muchos de entre los clientes de la confianza de los reyes emprendieron espontáneamente esta navegación, llevados por el anhelo de novedades y por la autoridad del Almirante.

Además de cuanto se ha dicho aquí antes sobre la técnica del milanés, los tópicos de la primera hora colombina quedan bien patentes por su parte. La contraposición de la fuerza americana indómita, con sus potencialidades vírgenes, ante la serie de saberes y recursos acuñados por la larga historia de la vieja Europa. La generosidad de llevar cuanto se sabe, cuanto se tiene, para hacer posible una especie de tierra de milagro. La mirada hacia las nuevas islas, estimulada por un interés como nunca había existido antes. El misterio transoceánico de una naturaleza desconocida. El optimismo creador de nuevas formas de asociación vital que empuja a gentes, ya notables en su mundo a trasladarse al nuevo sin otra razón que el optimismo de la empresa. La certeza en la construcción política de un inexperimentado reino y el deseo de participar en la labor de crearlo, tarea que nunca habían conocido de ese modo.

Es precisamente en este modelo rapsódico angleriano donde hay que situar la breve Crónica, a la que me voy a referir a continuación, breve texto, relativo al mundo americano en los tiempos primeros de la toma de conciencia de la sorpresa americana por parte de la cultura europea.

LA «NEWE ZEITUNG»

Con el título *Neue Zeitung, von dem Lande das dir Spanien funden haben ym 1521*, se conserva una pequeña crónica, que incluye tres grabados (repetidos una vez cada uno los dos primeros), impresa el 18 de

marzo de 1522 y ofrecida a Carlos V y a su hermano («Kaysrerlich Maiestat und Ertzherrzog Fernandus») que da una «Newe Zeittung» o «Nueva noticia» de la llegada de los españoles al ámbito yucateca el año anterior¹⁹. Es un texto que ya había sido publicado en una versión castellana (que aquí no se sigue, sustituyéndola por otra enteramente nueva) de 1938, en México, reimpresa también allí en 1959. Pero ha circulado muy poco en España. No es de censurar su exclusión de la excelente edición de Diego de Landa preparada entre nosotros por Miguel Rivera, pese a que en esa versión de 1938 y su reimpresión de 1959 se acumulaba como apéndice a una edición mexicana de la *Relación* del franciscano.

He usado para este trabajo la edición de Jorge Gurría Lacroix que comento más abajo y que como él mismo explica es preferible a un facsímil que dio a la imprenta en 1940 el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Este, a su vez, reproducía el facsímil hecho en 1875 por Federico Müller en Berlín sobre un ejemplar de la Biblioteca Real de esa ciudad. El facsímil editado por J. Gurría es el mejor, ya que reproduce un microfilm de la Biblioteca John Carter Brown que presenta completo el texto.

EL TEXTO

NUEVA NOTICIA DEL PAÍS QUE LOS ESPAÑOLES
HAN ENCONTRADO EN EL AÑO 1521, DENOMINADO YUCATÁN²⁰

[1] Item. Parten los españoles de Sevilla hacia la isla de Cuba. Parten de la isla de Cuba y recorren 52 leguas. Encuentran una isla pequeña y en ella

19. Ya tuve ocasión, en otra sede, de llamar la atención sobre este escrito, pero con referencia a unos contextos muy diferentes a los aquí tocados. No obstante entiendo que ambas perspectivas, aquella y esta, respecto del texto son complementarias entre sí; *cf.* mi trabajo «Ecos de Crónicas».

20. Utilizo la edición facsímil impresa en México, en tirada para bibliófilos, en 1975, por la Editorial Juan Pablos, al cuidado de Jorge Gurría Lacroix y Alfredo Hlito. El primero incluye unos breves comentarios. Se añade una traducción de Ute Schmidt (revisada por Elsa Frost) que aquí se sustituye por completo por otra realizada por mí. Por supuesto he tenido presente ambos trabajos para realizar el que aquí presento. En mi traducción introduzco una numeración de párrafos que no existe en el original, juego con los tiempos verbales para distinguir fácilmente en la lectura el discurso del narrador (siempre en presente) de las actuaciones de los personajes que evoca, e introduzco, siempre entre paréntesis o corchetes y con otro tipo de letra, algunas sugerencias para identificar lugares, personas, aclarar frases, etc.

dos ancianas que se identifican como sacerdotisas. Y cuando los reyes de los países próximos quieren guerrear entre sí envían a consultar a las dos ancianas citadas sobre si vencerán o no. Tales mujeres son expertas hechiceras y conjuran al demonio. Este acude en persona a dialogar con ellas bajo su forma demoníaca. Ellas trasladan lo que les revela a aquellos que les han consultado.

[2] Item. Cerca de esa isla encuentran otra mayor [*Cozumel o Yucatán*] en la que hay una ciudad densamente poblada. Allí hay mucha cera y miel. A dos leguas de la misma isla encontraron una tierra grande y en ella una ciudad grande situada en un gran río llamado «Grigolssa» (*sic*) [*¿Grijalva?, ¿costa de Yucatán?*]²¹. Los habitantes de esa ciudad ofrecen a los españoles un gran presente, principalmente en oro, vestidos de algodón, cobertores de algodón, hechos con diversas facturas de plumas de papagayo. En la tierra existe mucho oro. Las casas tienen techumbres de paja y están hechas de piedra. Tienen ayuntamiento en la ciudad y observan entre ellos un buen régimen jurídico. Tienen una plaza en la ciudad en la que realizan el mercado. Usan como dinero una fruta parecida al corazón de la almendra (*cacao*) Y de la misma fruta hacen licor que beben. Tienen pesos y medidas para vender y comprar. Su pan está hecho de mijo. No tienen otra carne que la de pájaros y peces. Tienen sus iglesias y templos para sus ídolos contruidos con reciedumbre, como castillos. Desde esta tierra, viajan a otra llamada Rochaquaquo [*Coatzacoalcos*]. Allí encuentran un río enormemente grande, en el que hay mucho oro. El nacimiento de este río está a 80 leguas de la mar y nace en dos puntos. Entre esos dos puntos hay una ciudad enorme que es la más rica en oro de aquellas tierras. Comercian en la misma ciudad igual que los mercaderes. Tienen libros de cuentas y similares que se han hecho con cortezas de árboles. Tienen entre ellos buenos orfebres y pintores. Sólo pintan la figura del demonio. Y tienen árboles con frutas rojas justo como fresas, frutas de sabor como el clavo.

21. Se incluye (*cf.* la edición de Gurriá) un ingenuo grabado, muy del gusto del tiempo del autor del relato, en el cual, arriba a la derecha se representan las hechiceras mencionadas en el párrafo 1. En el centro y la parte inferior, los sacrificios de niños descritos en el párrafo 3. A lo largo, en el centro, aparecen los españoles navegando, como se indica en diversas partes del relato y barquitos como los aludidos en el párrafo 7. Arriba a la izquierda aparecen edificios, supuestamente yucatecos, como los descritos en el párrafo 2, que obviamente son típicos del urbanismo europeo.

[3] Item. Recorren 37 leguas desde aquellas tierras de los ríos citados, llamadas Rochaquaquo. Allí encuentran dos islas pequeñas y en cada una un templo con ídolos y en el centro de cada templo hay una mesa redonda y en cada mesa un grueso mármol sobre los cuales sacrifican gran número de niños.

Cuando un rey quiere combatir con otro, convoca ocho días antes a muchos de los suyos y comienza a bailar y cantar con ellos y en esa celebración invocan al demonio que llaman ellos Zunij (*sic*) y cuando han cantado y bailado mucho se les aparece el Zunij, demonio bajo la apariencia de alguien recientemente fallecido. Entonces le preguntan si vencerán en la batalla o serán derrotados. Contesta al rey indicando los hijos de qué hombres debe aprisionar. El rey toma entre 12 a 18 niños a su albedrío y los conduce a la isla citada. Hacen que los niños bailen ante los ídolos que están en el templo. Después toman sus sacerdotes a los niños, uno tras otro y los tienden sobre aquel mármol de la mesa redonda y les cortan manos y pies, guardándolos para comerlos. Después les abren el cuerpo para extraerles el corazón y embadurnan con él al ídolo. Luego dejan caer los cuerpos por los escalones y los asistentes los recogen para comerlos. Ocurrido eso reaparece el demonio para pronosticarles la victoria y en el supuesto que no la obtengan, toman de nuevo el mismo número de niños que antes y les aplican el mismo destino que a los primeros. Y siendo acostumbrado sostener muchas guerras, se sacrifican anualmente muchos niños por tal motivo.

[4] Item. No lejos de la citada isla hay una tierra llamada Sampcua (*Zempoala*) cuya capital también se llama Sampcua. El rey de esta misma ciudad guerrea con el de la llamada Gran Venecia (*Tenochtitlan*) para lo que concierta gran amistad con los castellanos a fin de que le apoyen contra el rey Mathotzoma (*Moctezuma*) que es el rey de la Gran Venecia y el más poderoso. El Rey de estas mismas tierras, que es el rey de Sampcua, regala al Capitán (*Hernán Cortés*) un sol hecho de oro tan grande como una rueda de carro y tan grueso como un puño y uno de plata también semejante en amplitud y grosor al sol. Además, muchas copas de oro, un cangrejo de oro, escudos, cascos, rodela, todo hecho en oro y muchos cobertores tejidos de algodón y otras muchas ropas, maravillosamente hechas. Los hombres de esta tierra, se agujerean el labio inferior cuando jóvenes, entre labios y dientes. A través de ese orificio insertan dos piezas de oro que les elevan los labios hasta volverlos gruesos y eso lo consideran belleza.

[5] Item. Unas seis leguas tierra adentro, se encuentra un lago que tiene un perímetro de 50 leguas. Y en el centro de ese lago hay una gran ciudad de 70 mil canales a la cual los cristianos llaman Gran Venecia. Radican en el mismo lago otras tres ciudades. Y la Gran Venecia tiene cinco puertas y en cada puerta un puente hasta la orilla. Y también esos cinco puentes incorporan muchos puentes levadizos con sus torres. Por eso la ciudad no es asaltable. El agua discurre por todos los callejones. En Gran Venecia el agua es salada. Tienen además otro acueducto por el cual transportan agua dulce de la ciudad desde tierra. Y en cada casa hay un aljibe. Y también en este lago navegan alrededor de setenta mil canoas o barquitas. Es rey de esta ciudad Mathotzoma y alrededor de este lago hay muchas ciudades grandes con fuertes pobladores. Estas ciudades están muy bien edificadas. Por las terrazas de las casas se puede pasar de una a otra. Y los techos están hechos con plata pura, cal, arena. Y la ciudad llamada Gran Venecia es notablemente rica en oro y algodón, cera y miel. Tiene mercado a diario, acuden a él entre cuarenta o cincuenta mil personas diariamente. Usan monedas de cobre; tienen pesos y medidas. Tienen buena organización jurídica. Su pan está hecho de mijo. No hay animales en la tierra, (*solo*) algunos perros a los que engordan para comerlos. Comen mucha miel, también carne humana. Son obedientes a su rey; si le dice a cualquiera «ve al bosque y muere», se va inmediatamente al bosque, ayuna y muere de hambre; o si dice a otro «ve a ahorcarte», se ahorca inmediatamente. Su fidelidad recíproca es tanta que se dejan despedazar antes de revelar el secreto que uno haya recibido de otro.

[6] Item. El Capitán de los españoles acuerda una paz con el rey Madotzoma (*sic*) señor de la Gran Venecia. Y le pide entrada en la ciudad con sus huestes. Y el Rey se lo promete y convoca a sus dignatarios y les informa haber concertado con los cristianos que (*éstos*) accederían a la ciudad. Les responden los suyos que no estaban conformes pues él (*el Capitán*) querría ocupar la ciudad si penetra en ella. Y apresan al rey para que no deje a los cristianos entrar en la ciudad y cuando le tienen preso dice el rey a su pueblo que le matarán por faltar a su palabra y que proclamen rey a su hijo. Todo lo que el rey ordena se cumple y es proclamado rey su hijo. Estas gentes son expertos arqueros. Lanzan piedras afiladas con sus arcos. Perforan corazas con ellas.

[7] Item. Los castellanos recorren 400 leguas desde Sampcua y encuentran otra tierra, llamada Mitzela. Y descubren un gran río llamado Ponnio (*Pánuco*). Más allá de este río encuentran una gran ciudad llamada Athan

(*Tampico*). Allí envían dos barquitos río arriba y encuentran otras muchas ciudades, radicadas a lo largo del río. Las gentes de esas tierras dichas acostumbran a ser hechiceros o hechiceras. Cuando aperciben a los dos barquitos hacen a cada uno una cruz. E invocan al demonio y con una espina de un pez se autoperforan las lenguas. Y con esa hechicería y brujería creen que los barcos no podrán atracar. Pero no hay socorro alguno y los barcos atracan. El pueblo viste ropas de algodón. Es casi un Imperio o un país rico en oro y otras actividades mercantiles.

[8] Item. Desde la ciudad de Athan, a ciento treinta leguas de camino hay una isla llamada Laflaritten (*La Florida*). La gente de esa isla es un pueblo muy peligroso. Son diestros arqueros. En la misma Isla se encuentran muchos osos, ciervos, leones otros animales como en nuestros países. Especialmente también muchos peces.

[9] Item. Escriben que en todas las tierras e islas citadas, abunda el oro, que es incommensurable. Y muchos han salido desde Sevilla para dirigirse a las citadas zonas. Se han imaginado que con uno pueden ganar mil. Deberá crecer mucho el comercio entre Sevilla y los países citados.

[10] Item. Debéis saber que muchos individuos de estas tierras, adoran ídolos. Y muchos entre ellos ni a Dios ni a nadie más, sino a Zunij. Es el demonio que aceptan como su señor y le temen. Pero no creen que sea Dios. Y se reúnen con él. Y él se les aparece bajo formas diferentes. Ahora este demonio Zunij provoca grandes tormentas. El se las revela antes de ocurrir. Por eso es temido. Muchas otras cosas se dicen de estas tierras. Y se escribe que darán mucho para escribir sobre ellas. 1522.

NOTAS PARA UN COMENTARIO

Como puede apreciarse se trata de un texto que mezcla noticias de las culturas yucateca y *mexica*, sin distinguir entre ellas. Son datos, a veces erróneos (pan de mijo, distancias, etc.) procedentes indiscriminadamente de los datos contenidos en la cuarta de las «Décadas» de Pedro Mártir de Anglería y de los generados por informaciones debidas a las expediciones de Hernández de Córdoba (1517), Grijalva (1518) y Cortés (1519).

A ello se añaden las mentalidades de autor e ilustrador, que dan una imagen europeizada de tales datos, como puede advertirse en los grabados,

e inciden en enfatizar los grandes tópicos del momento, como ocurre con la «diabolización» de las religiones autóctonas; la morbosa minuciosidad (dado lo escueto del texto en su conjunto) para describir unos sacrificios humanos *mexicas* que se presentan como cebados exclusivamente en niños para lograr el efecto de incrementar el rechazo del lector; o la reiterativa ponderación de la abundancia del oro y otras riquezas.

El afán de una interpretación de lo indígena americano en función de categorías europeas, que es patente en todo el relato, implica en realidad una valoración positiva de lo americano, donde sólo se censura un eventual ateísmo (párrafo 10) y los conceptos y prácticas religiosas (brujerías y sacrificios humanos) para elogiar reiteradamente el sistema jurídico («gut recht» en los párrafos 2 y 5); la avanzada organización mercantil, dotada de medios y desarrollo cuasimodernos (párrafos 2 y 5); el urbanismo, la ingeniería, la arquitectura y las técnicas de manufactura, especialmente las artesanas (párrafos 2, 4, 5).

La doble referencia al régimen jurídico, que acaba de citarse, así como el elogio a la madurez y eficacia de la organización jurídico-política (párrafo 5) centrada en la aceptación de la voluntad regia, permiten sugerir la posibilidad de ser el autor de ésta refundición de breves noticias, un letrado culto y latinizado (usa la palabra «victoria» mezclada en su alemán) vinculado a algún círculo palatino austriaco o alemán de su tiempo. En efecto, da por presente entre los yucatecos una organización municipal similar a la que él podía conocer como propia de su mundo centroeuropeo, como lo muestra que habla de una «Rathaws» (párrafo 2) entre ellos, sin aplicar siquiera una palabra que matice la diferencia entre lo igual y lo parecido más o menos remotamente. Y no vacila, a la hora de resumir en una frase la impresión que le causa el conjunto *mexica* en general, en decir que, es «casi como el Imperio» (párrafo 7), usando de la significativa palabra «Reich». Corroboración esta impresión el reiterado elogio de la eficacia militar (párrafos 6 y 8).

No es, por otro lado, una relación que presente prejuicios antiespañoles, como podrían ser los Giordano Bruno²² lo que retuerza la hipótesis de haber nacido en un contexto de cultura católica y latina, pese a estar escrito en alemán. A ello podría añadirse que, su tendencia hacia la hipérbole y la exageración, que indiscutiblemente presenta, no es argumento suficiente como para justificar por sí sola su atribución (la hace Jorge Gurría Lacroix, su comentarista mexicano actual) adjudicándolo, más que a un

22. Cf., sobre este aspecto, mi «Ecos de Crónicas».

alemán, a «algún meridional». Se trata, en mi opinión, por el contrario, de retóricas propias de toda la cultura europea de su tiempo, comprensiblemente desconcertada ante el hecho americano y su revelación.

A todo ello sólo queda añadir que nuestro texto es paralelo, en el ámbito *mexica-yucateca*, de lo que para el caso peruano supone la *Neue Zeitung aus Hispanien und Italien*, de 1534, que, también de forma esquemática resume fuentes hispanas sobre el descubrimiento y conquista del Perú, añadiendo, como ya señaló Esteve Barba, datos e imágenes «de su propia fantasía»²³. Sin embargo, ni este autor señala la existencia de la gaceta aquí traducida, ni Gurúa Lacroix se hace eco del texto peruano. Por mi parte, entiendo que no sólo se trata, eso es evidente, de dos huellas similares de los ecos europeos extrahispanos de la cuestión del progresivo conocimiento de América, sino que apunto la posibilidad de ser ambas relaciones frutos de una misma mano.

En fin de cuentas reitero que esta fuente puede ser situada dentro del modelo rapsódico de la cronística americana. Aun sin los entusiasmos de Pedro Mártir, revela un tono narrativo de corte poético, no exento de una curiosa mezcla de epopeya y lirismo que sabe narrar con sobriedad. Su cuota de participación en los hechos que describe es la correspondiente al espectador europeo con actitud admirativa y expectante de las sorpresas traídas en las incipientes noticias americanas. Ajena al comprometido faenar de los cronistas más implicados en la vida española diaria, la sobriedad con la que manifiesta su interés por lo sucedido y por lo que sucederá en el Nuevo mundo es precisamente su mayor valor, en cuanto testimonia la postura de quienes ajenos a la empresa intuyeron claramente desde un principio que nada de lo que desde el llegara les iba a resultar ajeno.

23. M. Esteve, *Historiografía indiana*, pág. 399.